

LA PALMA, LIBERTAD Y TOLERANCIA: CINCO SIGLOS DE ESTILO PROPIO

JERÓNIMO SAAVEDRA ACEVEDO*

Abordo una reflexión mitad nostálgica, mitad esperanzada. El asunto es, ni más ni menos que hablar de La Palma a los palmeros, hablar en *palmero* a los paisanos; trasladar a este texto, lo que se piensa, siente y dicen los paseos sosegados de la calle Real y plaza de España, del Muelle a La Alameda, de La Avenida y El Puente; reflexionar en alta voz en un clima de libertad y tolerancia que ha sido, salvo en paréntesis de fuerza, su clima de siempre, su clima propio¹.

Detrás de una realidad física, la isla salvaje y fértil, existe otra realidad abstracta, fijada en la memoria y el sentimiento y guiada por símbolos culturales de múltiples orígenes que, sumados, forman un modo de ser y estar, una actitud histórica, un estilo propio.

Querría fijar las que son, a mi juicio, las claves de ese *estilo palmero* que, a través de cinco siglos, se ha mostrado en actos de libertad y audacia, ingenio, tolerancia, solidaridad...

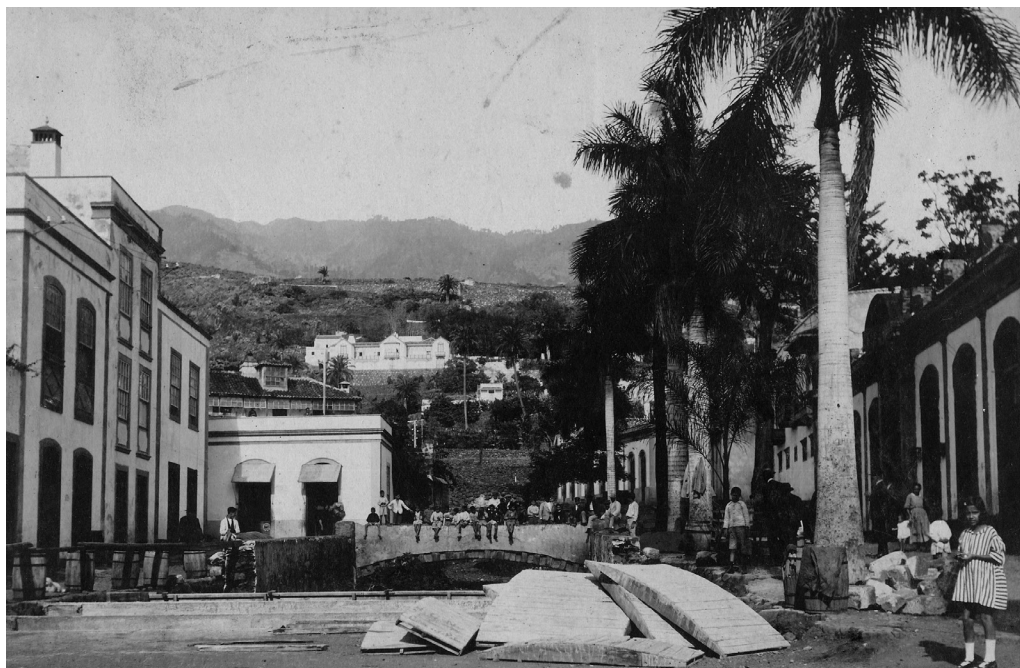
El 29 de septiembre de 1492 llegaron las naves españolas a la rada de Tzacorte. El 3 de mayo siguiente fue fundada Santa Cruz de La Palma en una franja litoral del oriente. En un decenio, el poblado frugal se convirtió en una urbe activa, con cabildo y gobierno, embarcadero. Templos y casas solariegas, escribanías y gabinetes de físicos y cirujanos, talleres de artesanos y oficiales a sueldo que levantaban la nueva ciudad.

La explotación de caña de azúcar en Argual, Tzacorte y San Andrés y Sauces, pioneros por los abundantes caudales que manaban de la Caldera de Taburiente y de los nacientes de Marcos y Cordero. Allí se instalaron los ingenios azucareros y crecieron los primeros pueblos.

Mediado el siglo XVI, se titula Muy Noble y Leal Ciudad, y contaba con corporación de gobierno formada por regidores perpetuos que administraban treinta núcleos de población, doce con pila bautismal, todos con ermita; con empleados públicos para guardar

* Profesor Titular de Derecho. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Ex presidente del Gobierno de Canarias, ex ministro de España y ex Diputado del Común del Canarias.

¹ El presente artículo es parte de la conferencia pronunciada el 9 de octubre de 1993 en el salón de la Sociedad La Investigadora de Santa Cruz de La Palma. El texto se ha actualizado donde ha sido preciso.



Antigua rambla de Cuba (hoy avenida El Puente), ca. 1920. Santa Cruz de La Palma

leyes y ordenanzas; y una gran actividad comercial y portuaria, sostenida por europeos —ingleses, flamencos y genoveses en su mayor parte— que hallaron aquí lugar propicio para su vida y negocios.

La pequeña capital fue asediada por piratas de leyenda y sus aguas esquilgadas por corsarios de Europa y Berbería. El suceso peor llegó en 1553, cuando el corsario François Le Clerc, *Pie de Palo*, asaltó e incendió la plaza; causó daños por valor de varios miles de ducados, y robaron no menos de esa cantidad.

Pero la reconstrucción fue rápida y eficaz, al punto que Felipe II no dudó en hacerla sede del Juzgado de Indias, descentralizado de la Casa de la Contratación de Sevilla, con la facultad de despachar el tráfico indiano fletado en Canarias o con destino en cualquiera de las seis islas restantes.

¿Por qué Felipe II se decantó por la isla de La Palma? La real cédula de 19 de octubre de 1566 responde categórica: «por ser la más comercial y por muy poderosas razones». Leonardo Torriani (1559-1628) y Gaspar Frutuoso (1522-1591), los mejores testigos del período, anotaron en sus libros la pujanza económica de la isla y la coexistencia de europeos de distintas nacionalidades que se comportaban como insulares. Esa es la respuesta.

Esas son las poderosas razones a que se refería la real cédula. La Palma fue una de las pocas excepciones geográficas en la política integrista de Felipe II. Y eso tiene fácil justificación, porque tierras y aguas de La Palma sirvieron como pago, o regalo, de su padre Carlos V a los banqueros Welzer y a otros socios flamencos, financieros y prestamistas de las costosas guerras imperiales.

Muchos europeos «castellanizaron» sus apellidos para entrar mejor en la nueva patria; otros demostraron con sus actos, valor o filantropía, su compromiso con una esquina lejana de España, donde las causas de religión no se cobraran vidas y haciendas de continuo; un espacio vital donde el trabajo y el ingenio eran recompensados con la fortuna; un pueblo donde vivir y morir.

El perfil renacentista de La Palma, ejemplificado en la capital y repartido por toda la isla, el patrimonio religioso, encargado mayoritariamente a los talleres de Flandes, son los ilustres testigos de un brillante período en el que el reloj y el pulso insular latían al unísono con Sevilla y Amberes, las cabeceras del imperio. En ese ciclo áureo, el jurista Bernardino de Riberol (1509-*ca.* 1565) daba a la prensa su *Alabanza de la pobreza*, primer libro impreso de autor canario (1556); y el flamenco Hans Aventroot, quemado años más tarde en la toledana plaza de Zocodover, contaba a quien quisiera oír los vicios del poder absoluto y los excesos del obispo de Roma. Por esos años, Pieter Pourbus, decano del gremio de Brujas, pintaba el políptico del convento dominico de San Miguel de las Victorias y la tabla de *Montserrat* de Los Sauces, y Ambrosius Francken metía los primeros influjos manieristas en la *Santa Cena*, encargada también para la capital de la isla por la familia Santa Cruz.

«Dueña de sus actos y señora de sus destinos», como la definió un viajero en la decimosexta centuria, La Palma amplió su espectro de relaciones a medida que crecía el catálogo de posesiones de la Corona. A los puertos europeos, mercados de sus vinos y alcoholes, se añadieron otros mediterráneos, que recibían tintes vegetales, grama y flor pastel; así como destinos lejanos, en la otra orilla del Atlántico y océano Pacífico. Los nombres de Cartagena de Indias, La Guaira, Santo Domingo, La Habana, Campeche y aún los de Santiago, Lima y Manila entraron de lleno en el horizonte de los palmeros, como puertos de llegada o comercio, puentes de un tiempo marcado por la audacia y la aventura.

En menos de un siglo se contaron tres erupciones en La Palma: en 1585, en Tacande, narrada por el ingeniero Torriani; en 1646, en la montaña de Tegalate y, en 1677, en Fuencaliente, con la irreparable pérdida de la Fuente Santa, manantial de aguas termales que bautizó al pueblo.

La competencia de las producciones de Centroamérica y el Caribe arruinaron el cultivo y la industria azucareros. Pero los palmeros no se arredraron y ofrecieron la alternativa de los vinos, malvasías y vidueños, de gran aceptación en Inglaterra y Flandes. La pérdida de poder e influencia española en Europa y, de modo especial la alianza anglo-portuguesa, acabaron con las exportaciones canarias y nuestros caldos fueron sustituidos por los de Madeira. Los palmeros, entre tanto, potenciaron sus envíos a la América española, y al vino sumaron, aguardientes y caña, textiles y manufacturas.

Entre sequías y hambrunas, en el siglo XVI se abrió la espita de la emigración; se vaciaron los campos de los brazos más jóvenes y firmes. La ciudad y los pueblos de campanillas perdieron a segundones desposeídos y a avispados oficiales que oyeron hablar, como sus abuelos llegados a La Palma, de tierras ricas y generosas.

Dentro de la isla, la rigidez de la Contrarreforma quedó algo suavizada por la distancia, como siempre ocurriera con los mandatos reales. Las rentas de la iglesia y las limosnas

—cada vez menores— de las familias poderosas costearon los altares y retablos barrocos, distribuidos —sin excepción— por las esquinas insulares. Los santos patronos e imágenes de Semana Santa fueron encargados a escultores andaluces, maestros de la comunicación emotiva que perseguía la iglesia de entonces. Las firmas e influjos de Martínez Montañés, Duque Cornejo e Hita y Castillo se unieron al patrimonio visual de la isla, a la que llegaban, con asiduidad, expresivas tallas e imágenes modeladas con pasta de maíz. De Colombia y Brasil arribaron piedras preciosas, plata de Perú y oro de Venezuela y México, a veces en forma de vasos sagrados y custodias, forjadas por los mejores orfebres de América del sur; otras, como suntuosas joyas femeninas.

Los sabrosos tubérculos y frutos de América mataron las hambrunas en los minifundios, en un tiempo en que los varones de Guisla servían en destino de Europa y América; el almirante Díaz Pimienta pagaba con la vida su arrojo en el sitio naval de Barcelona de 1652; y muchos héroes anónimos dejaban las huellas de su fe y constancia en el trabajo en el vasto horizonte entre La Florida y Tierra de Fuego.

A lomos de dos siglos, el letrado y sacerdote Juan Bautista Poggio y Monteverde (1632-1707), conocido por sus coetáneos como el *Calderón canario*, escribía las primeras loas de la Bajada de la Virgen de las Nieves y el epitafio exagerado a Carlos II. Juzguen ustedes, si no, la generosidad de los adjetivos del barroco palmero:

Yace mustio en pocos mayos.
Fue Júpiter hispano y ser agosto.
Fue espíritu y carácter en lo justo.
Fue solo de mayor luz en los desmayos...

La historia de La Palma ya se escribía dentro y fuera de sus límites. Dentro, los terratenientes se apoyaban en el comercio y la navegación para sobrevivir; los comerciantes y armadores pujantes en tiempos de crisis, emparentaban con las familias principales y se constituían en un grupo más moderno y dinámico, atento a los nuevos rumbos de las ideas, la política, la economía y la estética.

En 1715, el clérigo José Francisco de Arce y Rojas (1651-1715) murió a manos de los paguayás, en las misiones o reducciones jesuíticas de Paraguay, a la que se dedicó durante cuarenta años. Pionero en el estudio de las lenguas nativas, colonizador de selvas y fundador de ciudades, el padre Arce y Rojas es un referente notable de la Compañía de Jesús y un alto protagonista de la historia de América del sur. En 1726, el letrado Antonio José Álvarez de Abreu (1683-1756) defendió los derechos de la Corona de Castilla y León sobre las vacantes mayores y menores de las iglesias de las Indias Occidentales. El contencioso Estado-Iglesia, por fuero y rentas, encontró en el marqués de la Regalía el abogado más lúcido y brillante del período.

En enero de 1773, se constituyó el primer ayuntamiento por elección de toda España. Al amparo de la política de reformas de Carlos III y tras un pleito de siete años con los regidores perpetuos, el común de Santa Cruz de La Palma, la población, entró en el consistorio.

Detrás de este hito, está el valor y la constancia de Anselmo Pérez de Brito (1728-1772) que, en nombre del pueblo, acusó al gobierno local de corrupción y malversación

de fondos públicos y pagó con prisión injusta y muerte prematura su valentía. Pero están también aquellos palmeros de primera, segunda o tercera generación, aquellos palmeros recién llegados de Irlanda y otras naciones, huyendo de las guerras de religión y del hambre. Están los O'Daly, Smalley, Stafford, Aubert, y tantos y tantos más que aparecen en el gentilicio palmero.

La Palma es una afortunada suma de estados de la región atlántica; cumbres, picos y cráteres dormidos, simas profundas y ríos de piedra, caudales de agua, acantilados, valles fértiles y terrazas donde el terreno es vertical y escaso. La isla añade bellezas y dificultades y los palmeros, a través de los siglos, ingenio y voluntad para arrancar a medio tan complejo el sustento. Con estas inquietudes, no queda tiempo para pelear con el vecino o el recién llegado. Se necesitan, además, todas las voluntades y todos los esfuerzos además de una firme apertura al exterior para salvar esa empresa común que es la isla.

Con esos propósitos se fundó la Real Sociedad Económica de Amigos del País, en una lejana tarde de 1776, con el culto obispo Juan Bautista Cervera (1703-1782) como instigador y cuarenta y un palmeros del período como entusiastas seguidores de una institución útil y solidaria. Los Amigos del País propiciaron la introducción de nuevos cultivos, la recuperación de tintes naturales y las labores textiles; recomendaron nuevas técnicas y sistemas de producción y crianza de vinos y, en el capítulo de comercio y navegación, pidieron apertura y libertad.

Este era el estilo palmero en el Siglo de las Luces. Y, en la obligada excepción de toda regla, algún que otro regidor pleiteaba o rabiaba en vano por los privilegios perdidos. El clero nostálgico del Viejo Régimen clamaba desde los púlpitos, cada vez menos influyentes, mientras que el sector modernizador se fundía con los intelectuales y con sus propósitos.

Recordemos que en 1781, un enrabiado Santo Oficio de la Inquisición condenaba la difusión de libros en Canarias, en el mismo año en que Enmanuel Kant (1724-1804) publicó su *Crítica de la razón pura*. Entre las bibliotecas investigadas y, en algún caso, cribadas, varias se localizan en la isla de La Palma.

Eran los años animosos del vizconde de Buen Paso, poeta y galanteador con fama en las cortes de Portugal y España; de las horas de gozo y persecución inquisitorial de Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor (1677-1762) por promesas incumplidas y cosas de fe; y del escultor y cirujano Marcelo Gómez Rodríguez de Carmona (1725-1791), que hubo de responder ante el Tribunal del Santo Oficio, por una imprecación que se le escapó mientras tallaba el *Cristo de las Siete Palabras*. Eran los años de las tertulias y los saraos ilustrados, de las veladas musicales, clavecín y canto, y lecturas poéticas, de las reuniones secretas y de los pronunciamientos públicos en asuntos de interés general y del gobierno insular. En el tránsito entre la expresividad del Barroco y la nueva búsqueda del orden clásico, del *siglo de la fe* al *siglo de las luces*, surgió la figura y la obra de Pedro Álvarez de Lugo Usodemar (1628-1706), autor de *Las vigiliias del sueño*, *Convalecencia del alma más perdida*, *La lanza de Aquiles* o *Las cadenas de Alcides*, poeta y maestro en retórica y preceptiva. Según una acertada visión del profesor Juan Régulo Pérez (1914-1993), compañero de claustro en la Universidad de La Laguna, la historia de La Palma se desarrolló entre la pasión y la razón, empujando la una, iluminando la otra.

Yo creo que esa fe, ese caudal de convicción y entusiasmo y esa apertura y tolerancia proceden, en gran parte, de aquella burguesía ilustrada que compartió, con los oficiales modestos, la aventura del saber. A partir de otra afirmación de Régulo Pérez, el XIX palmero se califica como un segundo *Siglo de Oro*, una reproducción de sus glorias del XVI, con las inquietudes y lenguajes del período romántico.

La invasión napoleónica y la Guerra de la Independencia desencadenaron la emancipación de las naciones de América, tras una costosa e inútil guerra. Se cerró el Nuevo Continente a la emigración canaria y las excepciones de Cuba y Puerto Rico se veían amenazadas por la expansión de América del Norte. La dolorosa ruptura con la América española cerró los últimos mercados de los productos isleños, las últimas salidas a los campesinos de secano y a las gentes sin oficio y sin empleo de las ciudades canarias. La Palma y los palmeros miraron otra vez adentro, hacia los problemas y carencias de país arruinado y desmoralizado, empeñado en contemplarse en el espejo de su pasado de gloria.

La constitución de juntas patrióticas, para salvaguardar la Corona y ejercer el gobierno en su nombre, derivó en una dura lucha entre Gran Canaria y Tenerife por el rango y competencias de cada institución. Renacieron las suspicacias y, desde entonces el pleito insular no ha dejado de quemar tiempo, ilusiones y personas. La Palma, acuciada por problemas reales no entró al trapo de la colisión o de la guerra sorda. Coleaban por aquí viejas querellas políticas, porque ni los depuestos regidores ni sus familias aceptaron la imparable ascensión de los comerciantes y profesionales liberales; ni estos permitieron, por las buenas, la recuperación del poder y la influencia por el bando de los aristócratas. Como toda sociedad, el clero secular se dividió en bandos, según su compromiso, y los frailes de San Francisco y Santo Domingo, enfrentados más que nunca por la supervivencia, no se conformaban con su alejamiento de la enseñanza de niños.

El 19 de marzo de 1812, los diputados reunidos en Cádiz proclamaron la primera constitución de la monarquía española, celebrada aquí con grandes regocijos. Las reformas políticas y administrativas, la división provincial y la creación de los nuevos municipios fueron episodios vividos con alta intensidad en una tierra que nunca supo estar desvinculada de los sucesos de la nación y de Europa. Por proximidad y solidaridad con los asuntos generales, la reacción absolutista de Fernando VII y el triunfo liberal de 1820 entraron de lleno en la isla, con pugnas y venganzas con precedente en la historia inmediata. Como en el caso del primer ayuntamiento electo, La Palma fue escenario del drama nacional, la lucha irresoluta entre absolutistas y liberales.

El 11 de junio de 1820, el curso de la misa mayor, don Manuel Díaz (1774-1863), beneficiado de la parroquia de El Salvador, lanzó una enérgica proclama contra el absolutismo. Recorrió la lucha contra los franceses, la restitución de Fernando VII y la cruel represión de los patriotas liberales y la erradicación de las leyes justas que habían redactado. Afirmó el señor Díaz que un pueblo católico puede ser un pueblo libre y, en anticipación meritoria a las tesis y alcances del Concilio Vaticano II, distinguió los deberes que el hombre ha de cumplir como ciudadano y como seguir de la religión de Jesucristo:

La experiencia de todos los siglos ha demostrado que sea cual fuere la necesidad de reforma que haya en un gobierno, la empresa de reformarlo con una revolución siempre es muy costosa y arriesgada. Esta verdad, aplicable sin duda a cualquier

gobierno, lo parecía mucho más al de nuestra España. Entre otras razones, fue muy grande el agravio que se hizo a una nación tan heroica, mandándola retroceder al año 1808, que fue como decir al siglo XIV. Este agravio, encerraba en sí tantos otros y parecía preparar, desde entonces, una venganza tal que el corazón vacilaba entre sufrir el mal o repararlo.

Las afirmaciones del cura Díaz, longevas y útiles, forman uno de los textos más atractivos del XIX español. Es el eco ilustre y magnificado del credo liberal que presidió la supresión del Santo Oficio y de los señoríos, es la apuesta de un hombre de fe en la causa del progreso.

No estaba solo en su lucha Manuel Díaz, sacerdote piadoso, hombre de firmes convicciones y recia personalidad, comprometido con los débiles. Aquel voluntarioso poeta, músico y pintor, que renovó al gusto neoclásico la parroquia de El Salvador no estaba solo en la defensa de un arte nuevo, el *arte republicano*, como propuesta de regeneración de la patria abatida y desmoralizada. No era un caso aislado aquel animador de tertulias ilustradas y de iniciativas solidarias y filantrópicas, dentro de la humildad y el decreto, aquel creador de danzas y constructor de *mascarones* para alegrar las horas y tradiciones del pueblo.

La Junta de Instrucción Pública promovió la instalación de una escuela, inspirada en las teorías del pedagogo Joseph Lancaster (1778-1838), tendentes a la formación integral del individuo. Las juntas de Sanidad y Beneficencia reorganizaron sus centros y servicios y atendieron tareas preventivas, como la vacunación antivariólica, y problemas sociales como los niños expósitos y las madres solteras. La Palma se veía animada por el espíritu enciclopedista y por el fantasma romántico. Entre la pasión y la razón, que diría el doctor Régulo Pérez. Y Díaz, juzgado por infidencia y condenado a destierro, no estaba solo en los empeños e iniciativas que devolvieron el relieve y el protagonismo de antaño a la pequeña e histórica capital.

En el apretado retablo palmero del XIX aparecen José Joaquín Martín de Justa (1784-1842), arquitecto y sacerdote, coautor de las reformas de El Salvador y constructor de las mejores casas de estilo neoclásico; José García Pérez (1800-1850), introductor de la imprenta y alcalde constitucional. En otros pisos temporales, la saga de los hermanos Fernández Ferraz (Valeriano, Juana, Víctor y Juan), krausistas y reformadores de la enseñanza en Costa Rica; Faustino Méndez Cabezola (1836-1880), diputado de la I República, restaurador de los Amigos del País y fundador del Colegio de Santa Catalina, fermento de nuevas generaciones de palmeros ilustres como el poeta Antonio Rodríguez López (1836-1901), el dramaturgo de mayor facundia del período y el escultor Aurelio Carmona López (1826-1901), seguidor de José Luján Pérez y Fernando Estévez. Y el pintor Manuel González Méndez (1843-1909), que cabalgó entre la pintura de género y la aguada impresionista, y que dio las primeras cotas de gloria internacional a la pintura de Canarias. Y el doctor Elías Santos Abreu (1856-1937), entomólogo de reputación internacional, músico y autor de números populares de la Bajada de la Virgen. Y los diarios y publicaciones. Y la Real Sociedad Cosmológica, la Sociedad La Investigadora...

Rostros y sombras, nombres anónimos completan este mosaico inquieto que llamamos La Palma decimonónica, en una hora de sueños y de empeños en que se habría recuperado la construcción naval y los veleros isleños estaban entre los mejores de la ruta atlántica. Era una sociedad con tensiones y debates, pero con clara visión de destino.

A lo largo de este texto, que, insisto, siento como una conversación de paseo sosegado, con parada en esas fechas áureas, momentos estelares para los novelistas de la historia, nos hemos detenido en sus sintonías universales, en su condición de isla pionera para la elección de sus representantes como para el estreno del alumbrado público. Ya en el siglo xx algunos individuos y apellidos nos acompañan: Pérez Díaz, Pérez González, Cuevas Pinto, Pérez Pérez...

Solo la Guerra Civil turbó ese clima de ilusión por los avances de la ciencia y de la técnica, por las cuestiones internacionales. Habría de ser una razón científica la que inscribiera otra vez a la isla en la geografía y la historia mundial: la instalación del mejor observatorio astrofísico del hemisferio norte. Como presidente de la Comunidad Autónoma de Canarias me cupo el honor de recibir a los reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía que, con la asistencia y representantes de casas reales y dos presidentes de repúblicas europeas, inauguraron el Observatorio Internacional del Roque de los Muchachos, en el verano de 1985. Fue un día especial para La Palma, una efeméride de oro para los cronicones; pero fue también un día especial para la ciencia, conciliadora en una empresa científica «para la paz de galaxias», como expresó nuestro rey. Una vez más en aquel 29 de junio de 1985, La Palma cruzó su historia con las líneas y encrucijadas de la historia mundial. Como siempre fue su vocación.

Con esta voluntad, con ese estilo, se puede entender la aportación de muchos palmeros en distintos órdenes y actividades en el tiempo más reciente, en nuestros días. Como también se puede comprender la sensibilidad de una sociedad cuyos afanes —ante problemas que encarnan sus sectores productivos o la proyección futura de otros— sobresalen por la entereza o el carácter emprendedor.

Así, hay que recordar el papel de Acenk Galván González (1917-1990) en la elaboración del estatuto de autonomía o la distinguida eficacia con que Luis Cobiella Cuevas (1925-2013) imprimió a la Diputación del Común, una institución tan entrañablemente ligada a la isla. Y la trayectoria de Elías Yanes Álvarez (1928-2018), quien llegó a la cúpula de la Conferencia Episcopal Española. Los cuadros de Gregorio Toledo (1906-1980) o Cándido Camacho (1951-1992) son la mejor muestra de la creatividad y de la energía expresiva que, en los versos de Elsa López y de Ricardo Hernández Bravo, la narrativa de Luis León Barreto y Anelio Rodríguez Concepción o en la dramaturgia de Antonio Tabares, se hacen atracción permanente. Sería injusto omitir la investigación de José Pérez Vidal (1907-1990), de Juan Régulo Pérez y Manuel de Paz Sánchez, historiador de la Masonería; y del químico Felipe Brito Rodríguez (1930-2017) que en Venezuela lució con todo orgullo su premio Canarias o de los también premios regionales Manuel Nicolás Fernández Rodríguez y Antonio Fernández Rodríguez; del geólogo Manuel Martel Sangil (1914-2000); de Lino Brito Botín, musicólogo y director de festival en Bolonia, del mundialmente reconocido diseñador de zapatos Manolo Blahnik y de Jorge Lozano Hernández, que presidió la Academia Española de Bellas Artes en Roma.

Una isla que se fijó en Europa consciente de que la principal producción agrícola ha de ajustarse a las reglas comunitarias y que no cierra sus puertas al desarrollo racional y armónico de otro sector, como el turismo, desde el que puede brindar una sugerente oferta, puede sentirse orgullosa de su pasado y debe mirar al futuro con razonable optimismo. Con esa disposición de ánimo que han acreditado los palmeros, con ese talante nacido del debate en los conventos y talleres, en las sociedad fraternas y círculos ilustrados, es posible disfrutar la sintonía imprescindible con el pulso de este principio de siglo esperanzado, marcado por la necesidad de las confluencias e integraciones en la aldea global.

